**La Salette, fuente de nuestra conversión y reconciliación**

Para el 125° aniversario de la fundación de los MSF (1895 – 28 septiembre – 2019) se proponen diversos temas. Aquí va el primer tema: P. Benjamin (MAD).

Abordamos el tema en dos tiempos: el primero, vemos el puesto que ocupa La Salette en la vid ay la obra del P. Berthier, nuestro Fundador. Y a continuación, meditando y contemplando presentaremos cómo esta llamada a la conversión y reconciliación está presente en el corazón del Evangelio.

En el momento de la fundación de nuestra Congregación, para confirmar a una de sus dirigidas espirituales (Mlle D. L.) que temía que dejase la Congregación Saletina, Berthier escribía: “hija mía,, no dejaré nunca la Congregación. Cierto que yo no soy indispensable, otros lo harán aún mucho mejor que yo. Sólo que viendo a tantos jóvenes, de edad avanzada, que querrían ser sacerdotes, pensando en todas aquellas vocaciones tardías, me aprece estar llamado a fundar una nueva obra… dejo la casa, pero mi corazón permanecerá siempre firmemente vinculado”

(V. HOSTACHY: Histoire séculaire de la Salette, un siècle d’or 1846-1946, Edition de la Revue des Alpes, 1946, pp. 431-449).

Más tarde, en 1898, tres años después de la fundación de nuestra Congregación, Berthier escribía: “desde 1862 hemos tenido el consuelo de pasar casi cada año una parte del verano en la santa Montaña. Hemos sido así testigos de los frutos de salvación que produce en las almas la devoción a la Salette. Como misionero, hemos realizado el santo ministerio durante largos años en diversas diócesis y en diversos lugares…; pero debo decir que en ningún otro lugar el santo ministerio no proporciona consolaciones semejantes a aquellas que procura diariamente la Montaña de la Salette. Allá arriba todo dispone a los corazones a la contrición y a la penitencia, a grandes y firmes resoluciones” (Jean Berthier, *Les Merveilles de la Salette*, Paris, Téqui, 1898, pp. 241-242).

Más tarde, en Grave, decía a sus discípulos: “os exhorto, hijos míos, a rezar mucho a Nª Sª de la Salette… ella se ha aparecido en diversos lugares, pero en ningún otro ha pronunciado un discurso como en la Salette. Os confieso que, si no me hubiera consagrado a ella hace 41 años, no estaría aquí, ni tampoco vosotros. Le debo el poco bien que he podido hacer en esta tierra (…) y si vosotros tenéis la fortuna de llegar a ser sacerdotes, divulgad con la devoción a Nª Sª de la Salette las lecciones que ella os ha dado” (De Lombarde, op. cit. 272 et 518).

A mi parecer, estos tres textos del P. Berthier muestran claramente que la Aparición de la Salette y su mensaje constituyen el corazón de la vida de Juan Berthier. Es obvio que Berthier amaba mucho el Nuevo Testamento, pero no obstante esto, no es exagerado decir que La Salette es la fuente a la que vinculaba el hilo conductor de su vida misionera. Y que el recuerdo de esta fuente permanece viva en cada uno de nosotros que somos sus discípulos. Como dice el título: “fuente de nuestra conversión y nuestra reconciliación”, veamos ahora cuánto esta llamada a la conversión y a la reconciliación afecta a nuestra vida, no solo cristiana, sino como MSF.

En pocas palabras, **la conversión** significa: abrir el corazón y la inteligencia a Dios, y con su gracia, realizar auténticos cambios en nuestra existencia evitando el pecado y siendo siempre más fieles a Cristo y su Evangelio.

Por lo que respecta a **la reconciliación**: es el acto gratuito por el que Dios perdona al pecador arrepentido y lo introduce de nuevo en la paz, por los méritos de Cristo muerto y resucitado, por el que todos los pecados quedan perdonados. Hoy hablamos mejor del “sacramento de la reconciliación” a propósito de la confesión. Conversión y reconciliación son dos expresiones diferentes y cada una de ellas tiene sus peculiaridades propias.

Como hemos visto en las dos descripciones hechas, tienen muchos puntos en común y están muy cercanas la una a la otra. La conversión como también la reconciliación nos invitan a abrir nuestros corazones a Dios por Cristo y en Cristo. En otras palabras, convertirse o reconciliarse significa: “hacer caer todos los muros, todos los obstáculos que nos alejan de Dios y ver el mundo con una mirada plena de amor y esperanza

Mirando de cerca el mensaje de la Bella Señora en la Montaña Santa, se constata fácilmente que la llamada es el corazón, la llamada a volverse hacia Cristo. A Melania y Maximino, la Bella Señora les ha dicho: “los carreteros no saben blasfemar sin meter el nombre de mi Hijo. Son ambas cosas las que hacen tan pesado el brazo de mi Hijo. Si la cosecha se pierde, es por vuestra propia causa”. Después prosigue: “si se convierten, las piedras y las rocas se tornarán en montañas de trigo, y las patatas serán sembradas en la tierra”.

Respecto al cristocentrismo de la Salette, recordemos que la luz que orradiaba el rostro de María provenía del crucifijo que llevaba al pecho. Y en su mensaje la Virgen invita a los dos pastorcitos, y a nosotros por medio de ellos, a convertirse.

Leyendo los periódicos , mirando la TV, a menudo sólo vemos las cosas que van mal en el mundo: la violencia, el racismo, la crisis económica… Así parece que el mal sale siempre vencedor, siempre triunfa. Tenemos por tanto la necesidad de conversión y de reconciliación para tornar al Evangelio y volver a ver el mundo con los ojos de Dios, una mirada llena de amor y de esperanza. La conversión y la reconciliación nos permiten mirar en nuestra vida lo que es esencial y no dejarnos arrastrar por necesidades triviales.

Concluyendo nuestra reflexión sobre el tema propuesto, quisiera subrayar que la llamada a la conversión se encuentra en el corazón del evangelio. La conversión y la reconciliación permiten a Dios estar presente en medio de nosotros. Al inicio de su predicación en el desierto, por ejemplo, preparando el ministerio de Jesús, Juan Bautista “proclama un bautismo de conversión para el perdón de los pecados” (Mc 1, 4). Más tarde, cuando Juan está en la cárcel y Jesús inicia su predicación, dice: “se ha cumplido el tiempo y el reino de Dios está cerca; convertíos y creed en el evangelio” (Mc 1, 15). Y después de la resurrección, el Señor Jesús manda a sus apóstoles al mundo a proclamar el evangelio a toda criatura y a bautizar a los que crean (Mc 16, 15-16).

En la montaña de La Salette, llamando a la conversión, María nos invita a a lo esencial, al corazón del Evangelio: cambiar de dirección y emprender un nuevo camino bajo la autoridad de Cristo. Para poder dar buenos frutos, el árbol debe ser podado para que la savia se concentre sobre un número más restringido de brotes, haciéndolos más vigorosos y más productivos… La conversión es un poco esto: retener lo que es esencial en nuestra vida, abrirse más y mejor a Dios, a sí mismo y a los demás, por medio de la oración el don de sí mismo, el pensar en los otros, el compartir, la escucha, etc. Excavemos galerías, construyamos puentes para acercarnos a aquellos que nos rodean.

RABEMANANTSOA Benjamin msf